24 DE MARZO

PRESENTES

HÉCTOR GERMÁN OESTERHELD

Ministerio de
Educación





PLAN NACIONAL DE LECTURA
Coordinadora del Plan Nacional de Lectura: Adriana Redondo
Coordinación editorial: Natalia Volpe
Edición: Jéssica Presman
Diseño gráfico: Mariel Billinghurst, Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez
Selección de textos: Claudio Pérez
Revisión: Silvia Pazos

Colección: Presentes

"Una muerte" y "Hagan juego", en *Más allá de Gelo*,
Buenos Aires, Planeta, 2014.

Agradecemos a los familiares, amigos y editores de los autores
que brindaron su aporte para hacer posible esta colección.

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura. Pizzurno 935 (C1020ACA)
Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075 / 1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, febrero de 2015.

HAGAN JUEGO

.....

Tres meses de soledad completa, y ahora estaban allí, claramente grabadas en la arena.

Huellas.

Una hilera de huellas pequeñas, como de chico. O de muchacho.

Lou Dillon se pasó la mano por los ojos, apretando fuerte. Estaría empezando a ver visiones. Desde aquella mañana se sentía raro, nervioso, con el pulso más fuerte que nunca…

Pero no, las huellas seguían.

Se enderezó y miró en derredor. Todo igual, como siempre. Las mismas paredes altísimas, las mismas rocas angulosas, las mismas plantas de hojas redondas, gordas, pesadas, obscenas como trozos de carne violácea, colgando inmóviles en el aire siempre sin viento. Y los restos de la cosmonave, brillando como sangre bajo los rayos despiadados del rojo sol de aquel extraño planeta.

Todo igual, como siempre. Pero ya definitivamente distinto.

Porque ahora estaban las huellas.

Desde que los controles de la cosmonave se trabaron, como si alguien los manejara desde afuera, y terminara estrellándose en el fondo del cráter, Lou Dillon no había visto otro ser viviente que aquellas plantas de hojas violetas. Bill, el copiloto, había muerto en el choque.

Y ahora estaban las huellas.

Absurdamente humanas en aquel planeta tan apartado de todas las rutas, más imposible aún en aquel cráter sin salida.

¿Por dónde entraría el muchacho?

Lou Dillon había reconocido metro a metro la pared del cráter, y sabía que no había escape.

Casi sin pensarlo se encontró siguiendo las huellas.

Demasiado delicadas para ser de muchacho. ¿Y si…?

¿Y si eran de muchacha?

Una ola espesa le recorrió las venas. Lou Dillon trotó, corrió, con el cerebro vacío de ideas, todo el cuerpo un enorme latido.

Tenían que ser de muchacha…

Bordeó la espesura con las hojas redondas de siempre. Y se frenó. Y allí la vio. Allí estaba, cerca ya de la pared del cráter, de pie sobre una roca.

Desnuda, el cabello largo, hasta las caderas. El sol rojo le daba de lleno, aterciopelando los hombros, moldeando los senos, ahondando la sombra prometedora de los muslos.

Lou Dillon reanudó la carrera.

Ella saltó de la roca y desapareció tras otra espesura.

“No puede escapar… ¡La pared le cierra el paso!”.

Pero ya llegaba a la pared y ella no estaba.

Solo sus huellas, en la arena oscura. Iban rectas hasta la pared rocosa, se perdían en ella.

Se acercó y entonces la descubrió: una abertura tan disimulada que solo sabiendo que estaba allí podía hallársela.

Entró: un pasaje sinuoso, oscuro, con cosas duras, como raíces, que le arañaban el torso desnudo, lastimándolo, impidiéndole avanzar. Pero siguió.

Hasta que otra vez vio la luz y otra vez estuvo al sol.

Otro cráter igual al suyo, más grande. Las mismas plantas de hojas redondas y…

Allí estaba ella, recostada en la arena, estirada en abandono completo, como aguardando.

Dio un paso, con cada célula de su cuerpo gritando por ella. Pero se detuvo.

Allí, surgiendo de entre las rocas, venía otro hombre.

Otro hombre semidesnudo como él, el torso arañado, los ojos enloquecidos.

Allá, tras él, le pareció ver brillar algo, otros restos de cosmonave, quizá.

Pero Lou Dillon solo pensó que aquel hombre se interponía entre él y la mujer.

Ahora había una piedra en la mano del hombre.

Lou Dillon se agachó sin dejar de mirarlo, tanteó frenético el suelo, encontró otra piedra.

Atacaron a la vez, los cuerpos chocaron, resbalosos de sudor, se entrelazaron. Algo golpeó con fuerza de estallido contra la cabeza de Lou, a la vez que una rodilla se le incrustaba con furia en la ingle, apenas a un centímetro del punto vital.

Por instinto devolvió el rodillazo, debió acertar porque el otro se encogió con un gruñido, aprovechó para golpear con la piedra, para golpear y volver a golpear y golpear.

Golpeó hasta que lo tuvo en el suelo y siguió golpeando, golpeando hasta que ya no encontró nada duro que golpear.

Se incorporó. Gusto a sangre en la boca.

Allí estaba la mujer. Ajena, indiferente, siempre echada en la arena, dándole casi la espalda.

Saltó hacia ella y plantó la mano en la curva de la cadera.

Los dedos se hundieron, la carne cedió.

¿La carne? No, no era carne, era algo blando, algo que se deshacía al ser tocado…

Debajo asomó un tubo de metal oscuro, un engranaje monstruoso.

Aturdido, Lou Dillon le tocó el hombro. También allí la “carne” se deshizo, también allí apareció el metal negro.

Lou Dillon comprendió. Y retrocedió espantado.

¡Un “robot”!

Pero… ¿Por qué? ¿Quién lo había enviado? ¿Y para qué? Y…

No más preguntas: el sol rojo se oscurecía, una gran sombra asomaba, increíblemente gigantesca, por sobre la pared del cráter.

Y enseguida otra, otra sombra inmensa, también de contornos vagos…

“Eres un torpe… ¡Ya te dije que nunca deben tocar el ‘robot’!”.

“Lo sé… Pero nunca imaginé que le saltaría encima tan pronto… No lo pude retirar a tiempo…”.

"Este hombre no querrá pelear nunca más... ¡Has arruinado a uno de los mejores ejemplares que jamás tuvimos!".

Lou Dillon no oye nada, pero en su cráneo, como en una bóveda, retumban los pensamientos: adivina que son los pensamientos que las dos moles están cambiando entre sí...

Y en un instante lo entiende todo. Su cosmonave fue obligada a descender en el cráter... Para usarlo a él como gallo de riña... El cráter era la jaula... Lo cebaron, lo hicieron sentirse más fuerte que nunca... lo tentaron con un "robot" en forma de mujer... Había caído lo mismo que un galgo que se lanza tras una liebre mecánica... Solo que Lou Dillon había matado a otro desdichado como él...

"Ya sabes lo que se hace con un hombre que descubre al 'robot'".

"Sí, ya lo sé".

Otra vez el diálogo.

Una de las sombras alza algo oscuro, pesado, algo que tiene un punto brillante que se agranda, se agranda...

–¡No!

La voz de Lou Dillon es un alarido desgarrado.

El punto luminoso ya es un destello violento.

Todo el cráter relampaguea por un instante.

Y nada más.

Nada queda del cuerpo de Lou Dillon. Ni del otro hombre. Solo queda sobre la arena la armazón metálica del "robot"...

UNA MUERTE

.....

Yo andaba investigando la muerte del Jon.

Las huellas, luego de contornear todo el pueblo, me llevaron hasta la pequeña casa junto al río, casi perdida entre los juncos.

No hacía frío, pero igual me subí las solapas del abrigo y hundí las manos en los bolsillos.

Subí cinco escalones no muy seguros, empujé las puertas, entré.

Jaulas, pajareras por todas partes. De fabricación casera.

Pájaros de colores: cotorras, cardenales, pechos colorados, canarios. Pájaros grises, pájaros marrones. Grandes y chicos.

Avancé; fue como entrar en una nube de píos, trinos, gorjeos. Y de olor denso, cálido.

De entre dos pajareras salió el hombre. Tricota agujereada, cabeza blanca. Ojos curiosamente grandes y claros en el rostro ceniciento, lleno de arrugas; un rostro muy gastado, pero abierto, cordial.

–Hace tres días... –empecé. Y me detuve.

Me miró por un momento. Miró al piso, volvió a mirarme. Ya nos estábamos entendiendo.

–¿Amigo suyo?

Asentí.

–¿Sabe lo que..., lo que le pasó?

–Me lo imagino. Sé que estaba muy enfermo.

Me acercó una silla de paja. Él se sentó en un cajón vacío.

–Ahora que lo pienso –se rascó la cabeza–, quizás debí decírselo a la policía. Pero cuando sucedió no me pareció necesario. No hubieran comprendido nada; usted me entiende.

–Por supuesto.

–Ya todos me creen loco, sin necesidad de un cuento semejante –sacudió la cabeza, tenía las manos sobre las rodillas flacas; manos de dedos largos, delicados–. Además, ¿por qué habría de elegir mi casa para morir? El comisario no lo entendería nunca. Claro, podía haber ido al médico. O a ver al cura. Pero no, tuvo que caminarse toda la distancia hasta aquí.

Yo solo sabía que el Jon estaba muerto. Lo dejé hablar.

–Aunque creo saber por qué me eligió a mí, al “Churrinche”, el loco “Churrinche”, el pajarero... Él adivinó que yo era el único en todo el pueblo capaz de dejarlo morir tranquilo y sin preguntas. De tanto andar con animales uno termina por amigarse, por entender a todo lo vivo, venga de donde venga...

Me miró con los ojos claros: tenían algo de charcos de agua quieta. Yo hubiera hecho lo mismo que el Jon, me hubiera confiado en él.

–Claro, al principio me tomó por sorpresa; yo no estaba preparado para verlo –continuó el hombre–. Llegó del lado del río, lo sentí chapotear en el juncal. Cuando subió los escalones creí que era José, o el Negro, o cualquiera de los vagabundos de siempre. Tardó en entrar, el último escalón le costó mucho trabajo; pensé que estaría borracho, no le hice caso. Pero al llegar a la puerta se apoyó en el marco, y recién entonces me di cuenta, al verle la mano, tan verde y con los siete dedos.

Se levantó, fue hasta un brasero donde temblaba una pava.

–¿Un matecito?

Dije que sí con la cabeza.

–Estaba que se caía –mientras hablaba puso yerba en un jarrito enlozado–. Me di cuenta de que se moría, pero no quiso que lo acostara; insistió en sentarse ahí, donde está usted. Y se quedó medio caído, los ojos cerrados.

”–Sé que eres amigo–me dijo de pronto, marcando mucho las letras–. Por eso hice toda la distancia hasta aquí... Sé que cuidas pájaros... Por eso vine.

”–¿Por los pájaros? –le pregunté.

”–Sí... Quiero pedirte un favor... ¿Podrás prestarme uno, uno cualquiera, hasta... hasta que no lo necesite más?

”Contesté que sí y le traje a la Manolita, la cotorra; es la más mansita de todas. Se la ofrecí.

”–Gracias... –la mano le tembló cuando le puse el pájaro. Y Manolita se quedó tan quieta, tan cómoda entre los siete dedos–. Gracias... No tienes idea, pajarero, cómo tus pájaros se parecen a los sícalos nuestros... Son tan iguales...

”Le costó levantar la mano, pero igual se tomó el trabajo, quería ver bien a Manolita.

”–Si uno sabe mirar, un solo pájaro..., un solo sícalo..., resume todas las bellezas de los mundos...

”Yo no decía nada. Me daba tanta pena verlo respirar tan mal; además, cuando uno anduvo mucho entre animales sabe enseguida cuándo alguno se muere, así sea un perro o una persona o...”

El pajarero me tendió el humeante jarrito. Lo tomé con cuidado, para no quemarme.

–Su amigo apoyaba ahora la mano en la mesa, y no dejaba de mirar la cotorra. Y volvió a hablar:

”–El pájaro..., el sícalo..., es los días perdidos, es la infancia... Cuidar un pájaro es revivir la infancia... Por eso tú, pajarero, cuidas pájaros... No quieres desprenderte de la infancia...

”–No lo sé –le dije por decir algo–. Pero... ¿y los chicos que cuidan pájaros?

”–Los chicos que cuidan pájaros... Tienes razón... Los chicos no pueden recordar la infancia... –hizo una pausa, se quedó mirando largamente la cotorra, que seguía quietecita en su mano; y de pronto agregó–: Los chicos que cuidan pájaros están también recordando, están también reviviendo, sin saberlo, los días perdidos, la infancia de la especie...

”Su amigo volvió a callar, siguió mirando a Manolita. Y mirando, también, vaya uno a saber qué imágenes de otros tiempos, de otros lugares.

”–¿Quiere agua? –le pregunté–. ¿Está realmente cómodo?

”No me contestó.

”Afuera se acababa la tarde, igual que ahora.

”Pensé que alguno podría venir… La sorpresa que se llevaría al verlo allí.

”Manolita se alborotó de pronto, aleteó, se me vino hasta el hombro...

”La mano verde seguía igual, apoyada sobre la mesa.

”No tuve que tocarlo para saber que ya estaba muerto.

”Cavé una fosa en el albardón, lo enterré en el mismo lugar donde entierro a los pájaros que se me mueren.

”Y allí está ahora. Pensé ponerle una cruz, pero no... ¿Qué mejor cruz para él que la misma cruz de los pájaros, el sol de cada día?”

Me levanté. Ya sabía todo lo que quería sobre la muerte del Jon.

–Gracias –le devolví el jarrito enlozado.

El Jon, después de todo, había tenido una muerte buena.

El pajarero se levantó también.

–¿Eran muy amigos?

–Mucho.

Me tendió la mano.

Vacilé un momento, le tendí la mía.

Sonrió al sentir la presión de los siete dedos. Me dio una palmada en el hombro, me acompañó hasta la puerta.

Bajé los escalones, me fui por el juncal.

Ya había estrellas. Pero no, el Gelo no se veía. Demasiado distante.

Aunque no está tan lejos, pensándolo bien.

Un pájaro nocturno pasó volando bajo, en vuelo silencioso.

¿Un pájaro o un sícalo?

HÉCTOR GERMÁN OESTERHELD

Nació en Buenos Aires en 1919. Escritor, editor y guionista de historietas. Geólogo por la UBA, conoció gran parte del país como pasante de YPF mientras trabajaba como corrector editorial. A mediados de los 40 se volcó definitivamente a la escritura, a la que enriqueció con su conocimiento de la ciencia. En las editoriales Codex y Abril produjo relatos de divulgación científica y cuentos para chicos y adolescentes –estuvo, además, al frente de las míticas colecciones infantiles Bolsillitos y Gatito–. Trabajó en la revista *Más allá* –que practicamente dirigió–, pionera de la ciencia ficción en el mundo de habla hispana. En 1951 comenzó a escribir para historietas y a mediados de la década fundó junto a su hermano Jorge la Editorial Frontera, responsable de las revistas *Frontera* y *Hora Cero*. Con textos de los Oesterheld y dibujos de Francisco Solano López, Hugo Pratt, Arturo Del Castillo, Carlos Roume y Alberto Breccia, entre otros, tomaron cuerpo personajes como Ernie Pike, Sherlock Time y El Eternauta. En 1976 comenzó a salir la continuación de esta exitosa tira, ya escrita desde la clandestinidad. “La buena literatura es imperecedera y en ella están los grandes temas del hombre. En definitiva se trata, guardando las distancias, de reflejar en las aventuras de la historieta esos mismos temas”, confió en una entrevista en 1975.

El 27 de abril de 1977 fue secuestrado por las Fuerzas Armadas en La Plata, provincia de Buenos Aires. Se sabe que estuvo en varios centros clandestinos de detención y se sospecha que murió en 1978. *El Eternauta II* continuó publicándose hasta casi un año después de su desaparición.

ALGUNAS DE SUS PUBLICACIONES

Alan y Crazy (1951); *Bull Rockett* (1952); *Sargento Kirk* (1953); *Rolo, el marciano adoptivo*, *Ernie Pike*, *Randall* y *El Eternauta* (1957); *Patria Vieja y Sherlock Time* (1958); *Watami*, *Marcianeros* y *Mort Cinder* (1962), *Vida del Che* (1968); *La guerra de los Antares* (1970); *450 años de guerra contra el imperialismo* (1973); *El Eternauta II* (1976); entre otras.

A mí me han hecho los hombres que andan bajo el cielo del mundo
buscan el brillo de la madrugada
cuidan la vida como un fuego

Referencias, datos personales (fr.), Juan Gelman

